

Egeria, peregrina y aventurera. Relato de un viaje a Tierra Santa en el siglo IV *

Egeria, pilgrim and adventurer.
A report of a pilgrimage to the Holy Land in the 4th Century

Rosa María Cid López

Universidad de Oviedo.

Recibido el 17 de enero de 2011.

Aceptado el 21 de febrero de 2011.

BIBLID [1134-6396(2010)17:1; 5-31]

RESUMEN

En la antigüedad, el viaje estaba muy presente en las sociedades del Mediterráneo y se concebía como una actividad y privilegio masculinos. Por razones militares, económicas y administrativas, sin olvidar el afán por satisfacer la curiosidad intelectual, los traslados eran frecuentes. Con la llegada del cristianismo, se impuso la peregrinación religiosa, apareciendo varones y mujeres como protagonistas de la aventura del viaje. En estas páginas se trata el caso de Egeria, la primera cristiana que escribió un relato del recorrido que hizo desde Occidente a Oriente para visitar los *Lugares Santos*. Su experiencia muestra hasta qué punto podían romperse los roles de género en la sociedad de la antigüedad tardía, al presentarse como una auténtica aventurera.

Palabras clave: Egeria. Viajera. Aventureras. Peregrinación. Cristianismo primitivo. Antigüedad. Mediterráneo. Tierra Santa.

ABSTRACT

In the Mediterranean societies of Antiquity, the journey had a major relevance, though it was conceived as both a male activity and a male privilege. For military, economic and administrative reasons, as well as to satisfy intellectual curiosity, journeys from one place to another were very frequent. With the arrival of Christianity the religious pilgrimage came into being, and this, in its turn, gave rise to the appearance of men and women that wished to take on the adventure of travelling. In this paper I will talk about the specific case of Egeria, the first Christian woman who wrote a report of her travelling from the West to

* Este artículo se inscribe en el marco de la investigación del Proyecto de I + D (REF. HAR 2009-10035), titulado “Claves diacrónicas para la divergencia social entre las construcciones simbólicas y las históricas sobre la maternidad”.

the East, where she visited the Holy Places. Her experience highlights the extent to which gender roles could be actually broken down during Late Antiquity, since in that report Egeria reveals herself as an authentic adventurer.

Key words: Egeria. Women Travellers. Women Adventurers. Pilgrimages. Primitive Christianity. Ancient World. Mediterranean. Holy Land.

SUMARIO

1.—Valerio de Bierzo y su imagen de Egeria, la peregrina. 2.—El manuscrito del *Itinerarium* o *Peregrinatio* de Egeria. 3.—El Itinerario de Egeria y su contenido. 4.—Los mitos sobre Egeria, la viajera de *Gallaecia*. 5.—Egeria y otras peregrinas a Tierra Santa en el siglo IV. 6.—Bibliografía.

A Cristina Segura Graíño

Los viajes de naturaleza diversa representaban una práctica habitual en las sociedades del Mediterráneo antiguo, como nos muestra ampliamente la literatura de los autores grecolatinos. Desde las narraciones sobre los recorridos míticos observables en la Odisea hasta los peregrinos del cristianismo primitivo, muchos hombres visitaron los más recónditos lugares de las regiones mediterráneas. En muchas ocasiones, lo hicieron sólo por el placer de conocer, de ampliar su formación intelectual y algunos, incluso, dejaron constancia de sus experiencias vitales en escritos, que en ciertos casos han llegado hasta nosotros¹. Basta con pensar en personajes tan dispares como los griegos Solón, Alejandro o Estrabón y Apiano, sin olvidar a los romanos Marco Antonio o Tácito, como una pequeña muestra de una larga lista de notables políticos y militares que transitaron por regiones muy alejadas de la Hélade o de la Península Itálica. Con frecuencia ocurría que las razones de los viajes se debían más bien a negocios, la práctica del comercio, las circunstancias de la guerra o las tareas administrativas.

En los ejemplos conocidos de grandes y pequeños viajes, el protagonista siempre era un varón, capaz de emprender una aventura propia de su condición masculina, en la que exhibía su capacidad para hacer frente a los peligros del exterior, a la vez que representaba la acción y el movimiento

1. Entre la notable lista de publicaciones sobre el viaje en la antigüedad, concebido como aventura, destacan trabajos de reciente publicación como los de N. Morère (2009), que incluye sugerentes reflexiones de D. Plácido sobre el hecho de viajar (pp. 69-76) y de A. Bernabé sobre la literatura de viajes y su popularidad en las sociedades antiguas (pp. 39-47). Véase asimismo J. M. André y M. F. Baslez (1993) o R. Lane Fox (2008), quien resalta sobre todo la figura masculina del héroe viajero.

frente a la domesticidad y pasividad atribuida a las mujeres, rasgos innatos a una supuesta naturaleza femenina. Sin duda, la imagen contrapuesta, casi intemporal, de Ulises y Penélope, simboliza de manera elocuente la actitud que se pretendía de hombres y mujeres ante la búsqueda o el rechazo del viaje y de la aventura, una percepción muy arraigada a lo largo de la antigüedad y en otras sociedades posteriores en el tiempo.

Sólo cuándo nos vamos acercando al momento final del Imperio romano, observamos transformaciones importantes tanto en lo relacionado con la naturaleza del viaje como con el tipo de protagonista. En concreto, a partir del siglo IV surge el afán por hacer recorridos de larga distancia por razones religiosas, una práctica apenas conocida en las sociedades griega y romana, donde los traslados a centros de culto podían originar desplazamientos, pero a lugares no muy alejados². Se trata de la aparición de las peregrinaciones, viajes cuyo objeto es una satisfacción espiritual, en la que se quiere acceder a un lugar sagrado para celebrar un ritual, en una clara exhibición de la piedad religiosa; en este caso, suelen buscarse tumbas y/o enclaves con reliquias, o restos de personajes que han alcanzado la llamada santidad³. En tal ambiente, emerge la conocida figura del peregrino, “el que se marcha lejos”, superadas ya las etapas de la inseguridad y las persecuciones, propias de los primeros siglos del Imperio. Hasta tal punto las peregrinaciones adquieren popularidad al final de la antigüedad, que se convierten en “la marca genuina de la religión cristiana y una forma específica de viajar”⁴. A la vez, rompiendo el estereotipo tradicional del viajero, algunas mujeres, imbuidas de unas profundas creencias en el credo cristiano, abandonan su hogar en las provincias de Occidente y se trasladan a las regiones orientales, en especial a Tierra Santa, en Palestina, con el afán de conocer los lugares que describen los textos bíblicos⁵. Por la información de que disponemos, las peregrinas fueron, precisamente, las primeras viajeras que conocemos en la historia occidental.

2. En las sociedades llamadas paganas, se conocieron las embajadas sagradas, impulsadas por razones religiosas y diplomáticas, o por la búsqueda de remedios curativos para la salud. Los traslados suelen realizarse colectivamente como refleja el caso de las *panegirias* en la etapa helenística (BERNAND, 1988, 49 y 53; ANDRÉ y BASLEZ, 1993, 250 y 258).

3. A propósito de las peregrinaciones como fenómeno social y religioso, véanse, entre otros, P. Roussel (1956), F. Raphaël (1973), J. M. André y M. F. Baslez (1993, 247 y 260-266) y J. Chélini *et al.* (2008, 7).

4. DÍAZ, 2010, 247. Como es conocido, el término peregrino definía al extranjero privado de los derechos de la ciudadanía en la sociedad romana; luego pasó a representar al cristiano viajero, que se traslada a *lugares santos* (RAPHAËL, 1973-11, 17).

5. El protagonismo femenino en las peregrinaciones es destacado por M. Rivera (1990, 39-40) o R. Teja (1998, 275), entre otros autores. Véase también C. Morato (2005, 36).

Egeria fue una de estas peregrinas, al igual que otras destacadas mujeres de su tiempo, pero se diferenció de sus compañeras al ser la primera que nos legó un documento escrito sobre su aventura. A pesar de las lagunas que aún tenemos sobre su biografía, difíciles de resolver, merece la pena adentrarnos en la vida de esta viajera e intentar descubrir una existencia sorprendente en una mujer de su tiempo, fruto de una sociedad de profundas, convulsas y contradictorias transformaciones religiosas. Con notable osadía, me atrevo a sugerir que Itaca parece estar presente en el ideario de la virgen de *Gallaecia*, como es llamada en ocasiones, aunque sus experiencias se alejen de las extraordinarias vivencias atribuidas a Ulises, el héroe homérico, que siempre ansió regresar a su patria.

1.—Valerio del Bierzo y su imagen de Egeria, la peregrina

Quizá haya que preguntarse, en primer lugar, cómo hemos llegado a conocer la existencia de Egeria, y la respuesta es sencilla. Valerio, o San Valerio, un eremita y abad del Bierzo de la segunda mitad del siglo VII, nos proporciona los primeros datos sobre una mujer a la que admiraba profundamente, y llama Egeria. En su *Epistola de beatae Eitheriae laude*, nos la presenta como una monja dotada con todas las virtudes típicas de las vírgenes cristianas, calificándola de *beatissima sanctimonialis Egeria*⁶. De ella dice que había viajado desde *Gallaecia* hasta Tierra Santa, sorprendiéndose de sus extraordinarias cualidades, al afirmar:

Hallamos más digna de admiración la constantísima práctica de la virtud en la debilidad de una mujer, cual lo refiere la notabilísima historia de la bienaventurada Egeria, más fuerte que todos los hombres del siglo⁷.

Valerio nos ilustra igualmente sobre la intensidad de las emociones religiosas de la peregrina, de su piedad extraordinaria, que la empujaron a visitar los lugares de Tierra Santa, cuándo manifiesta:

Egeria, inflamada con el deseo de la divina gracia y ayudada por la virtud de la majestad del señor, emprendió con intrépido corazón y con todas

6. *Epist.* 1.10.11. Sobre este personaje y su carta, véase especialmente DÍAZ Y DÍAZ, M. C.: “Valérius du Bierzo. Lettre sur la Bienheureuse Égerie. Introduction, texte et traduction”, MARAVAL, 1982, 323-349). E. López Pereira (1991, 18, nota 15) resalta las calificaciones adjudicadas a Egeria por el monje.

7. Sobre este texto, véase A. Arce (1996, 9), que presenta en esta obra una edición completa de la carta, traducida al castellano (pp. 9-17).

sus fuerzas un largísimo viaje por todo el orbe. Y así, caminando despacio, guiada por el Señor llegó a los sacratísimos lugares del nacimiento, pasión y resurrección del señor, y, por diversas provincias y ciudades, a los sepulcros de innumerables santos mártires, para hacer allí oración y encontrar motivos de edificación⁸.

A continuación, el monje pasa a describir la lista de los lugares que visitó en Egipto y Palestina, destacando que en todos los sitios descritos había iglesias, en las que ella rezó. Con estos datos contribuía a reforzar su imagen de mujer devota, por la minuciosidad con la que transcribe la información del viaje de Egeria, en el que la peregrina hace exhibición constante de su piedad religiosa.

Ha de señalarse que a la hora de elaborar la biografía de Egeria, los autores suelen recurrir a los datos de Valerio, a pesar de la parquedad de su información, pasando por alto que, aunque no totalmente inventados, se han exagerado, o al menos manipulado, de forma evidente para construir una vida ejemplar. En cualquier caso, su origen hispano y, sobre todo, la identificación con su estatus de monja siguen siendo temas polémicos en la actualidad ante las afirmaciones de este abad, que pareció tener en sus manos el manuscrito elaborado por la peregrina escritora.

Aunque el personaje mencionado por el monje leonés podía haber caído en el olvido, la fortuna quiso que, mucho tiempo después, en el siglo XIX, apareciese un manuscrito que la mayoría de los autores atribuyen a esta Egeria. De forma sorprendente, su descripción de una peregrinación en Tierra Santa parece reproducir el itinerario que mencionaba el eremita del Bierzo.

2.—*El manuscrito del Itinerarium o Peregrinatio de Egeria*

Por casualidad, en el año 1888 y en la biblioteca *Fraternita dei Laici* de Arezzo, Gian T. Gamurrini descubrió un texto manuscrito sobre pergamino al que faltaban páginas al principio y al final. Se trataba de una obra incompleta y hoy sabemos que tan sólo se conservan 22 del total de las 37 hojas que contenía; de forma lamentable, parecen haberse perdido las partes de mayor interés⁹.

Los expertos en la lectura y análisis de obras de estas características consideran que se trata de un texto transcrito en el siglo XII, incluso en

8. Versión castellana de A. Arce (1996, 9).

9. M. Férotin enfatiza que al texto le falta la parte principal (1903, 393 y 396). Véase asimismo A. Arce (1996, 35-36).

fofsum u. m. h. o. p. o. f. f. e. r. e. q. u. o. d. c. u. m. d. r. e. f. i. c. i. t. n. o. f. f. i. c. i. a. s. a. u. d. i. o. p. a. n. o. s.
 f. u. m. i. p. e. . a. f. i. a. q. u. i. d. i. u. a. t. n. a. s. a. u. i. o. e. . f. f. o. u. a. s. f. u. m. i. p. e. t. i. n. q. u. i. n. o. f.
 d. u. r. f. l. o. r. e. . I. n. t. o. f. l. o. c. o. e. c. c. l. e. s. i. e. p. r. i. n. i. c. e. f. u. b. a. t. m. o. n. a. s. t. i. n. a. c. h. e. u.
 f. e. d. a. l. a. f. u. m. i. n. a. s. t. o. f. f. e. m. . f. e. d. n. e. i. p. s. e. l. o. n. g. e. e. d. e. n. a. c. h. e. u. . m. o. n. a. c. h. e.
 a. u. p. l. a. t. i. m. i. c. o. m. m. e. n. t. a. t. i. b. i. u. e. f. t. e. f. e. i. . a. i. q. u. o. f. h. i. c. a. r. f. e. i. a. s. u. o. c. o. r. n. e. .
Hic f. e. i. m. o. n. a. c. h. u. d. i. g. n. a. t. i. s. i. m. u. s. n. o. f. f. u. f. c. i. p. e. t. e. u. a. l. d. e. h. u. m. a. n. i. t. .
 n. o. r. m. a. l. a. d. f. a. l. u. a. n. s. o. r. t. i. n. a. e. p. m. i. f. e. r. n. o. f. h. u. a. f. e. d. . C. u. i. a. u. i. n. g. e. f. f. i.
 f. u. i. f. f. i. n. i. . a. d. d. o. f. . f. i. r. e. a. t. o. f. e. f. o. n. d. e. c. u. i. p. f. i. . a. l. o. g. o. f. n. o. b. d. e. r. t. e. d. i.
 g. n. a. n. s. u. n. t. . f. i. c. h. a. b. e. t. u. e. f. i. t. u. d. i. n. e. d. a. n. d. i. h. i. c. q. u. o. f. h. u. m. a. n. i. t. f. u. f. c. i.
 p. i. u. n. t. . I. b. i. f. h. i. c. e. c. c. l. e. s. i. e. m. o. n. a. c. h. e. p. a. r. . I. n. m. e. d. i. o. f. l. u. i. a. t. d. e. p. a. t. a.
 a. q. u. a. l. i. n. g. e. n. s. p. u. l. c. h. e. r. u. a. l. d. e. . a. l. i. m. p. i. d. a. t. e. f. o. p. o. f. f. o. p. a. m. i. . T. u. n. c.
 I. n. a. t. o. g. r. u. n. t. . n. o. f. e. f. f. a. m. d. i. l. l. o. f. f. e. o. s. m. o. n. a. c. h. o. f. q. u. i. b. i. m. a. r. t. e. l. i. u. n. t. .
 q. u. i. e. f. f. i. h. i. c. a. q. u. a. r. a. l. i. s. a. c. c. a. n. a. f. f. o. p. o. f. f. . T. u. n. c. i. l. l. d. y. p. e. f. f. u. n. t. .
 h. i. c. e. a. q. u. a. q. u. a. d. d. e. d. i. c. a. t. f. e. i. m. o. y. f. e. s. p. l. u. s. i. n. t. i. n. h. a. e. l. a. f. e. m. o. .
 f. i. r. e. a. t. e. f. h. i. c. a. r. e. f. u. t. u. d. i. n. e. i. b. i. o. f. t. e. n. o. . a. l. i. c. e. n. o. i. p. f. a. d. e. l. i. b. i. s.
 m. o. y. f. i. l. e. a. t. u. . d. i. c. a. t. . e. q. u. a. p. f. a. l. e. m. i. u. n. . a. f. i. c. f. i. m. u. l. c. u. i. l. l. i. f. f. e. i. s. e. l. e.
 d. e. f. e. i. m. o. n. a. c. h. i. f. q. u. i. n. o. b. e. u. n. i. u. s. t. e. n. e. p. f. e. i. u. n. i. . a. d. m. o. n. a. c. h. u. .
Mul. a. t. o. r. u. a. i. c. e. i. p. f. i. f. m. o. n. a. c. h. i. f. f. e. i. s. q. u. i. b. i. c. o. m. m. e. n. t. a. t. i. u. n. t. h. i. c. a. r. a.
 a. q. u. a. i. p. f. a. . q. u. a. r. a. m. p. o. n. i. t. . I. m. p. e. r. e. t. e. f. i. b. i. l. a. t. o. t. e. d. i. g. n. a. t. i. .
 f. u. n. t. n. o. b. c. u. m. a. r. f. e. n. d. e. t. e. m. o. n. a. s. n. a. c. h. e. u. . I. a. n. q. . f. . p. f. e. i.
 f. e. n. a. s. d. e. a. d. d. i. n. l. o. c. o. . p. u. r. i. u. m. . a. d. i. u. d. i. c. e. t. m. o. n. a. s. n. a. c. h. e. u.
 q. u. i. f. t. a. r. e. u. a. l. d. e. f. e. e. l. i. f. u. s. . l. a. t. e. n. e. m. a. c. e. p. o. f. f. q. u. a. r. a. m. a.
 f. e. d. e. n. d. o. I. n. a. e. f. f. e. l. l. i. p. o. f. f. i. c. f. u. b. i. b. . m. o. d. i. c. e. a. u. e. f. t. a. r. a. c. o. e. h. u. f.
 q. u. o. d. p. e. d. i. b. . n. e. c. e. f. f. e. e. f. t. a. r. f. u. b. i. b. c. u. m. l. o. c. o. t. e. f. i. e. d. e. f. i. c. a. u. e. .
P e. f. u. e. n. i. m. . f. . a. d. f. u. m. m. a. t. a. t. m. o. n. a. s. i. l. l. u. s. u. b. i. n. u. n. c.
 e. c. c. l. e. s. i. e. n. o. n. g. a. r. u. n. d. e. f. I. n. i. p. f. e. f. u. m. m. a. t. a. t. m. o. n. a. s. n. a. c. h. e. u.
 I. n. a. t. e. q. u. a. e. c. c. l. e. s. i. e. I. n. t. o. l. o. c. o. u. b. i. p. u. l. p. i. a. t. i. f. e. . u. d. i. l. o. c. u. m. o. d. i. c. e.
 q. u. a. f. t. a. l. a. t. o. t. e. a. c. c. n. a. t. u. m. h. i. c. p. r. e. a. u. h. o. c. b. e. n. a. t. q. u. a. n. a. u. i. n. t. e.
 m. o. d. e. f. o. l. e. a. u. h. e. r. b. e. t. e. . T. u. n. c. f. I. n. a. t. o. g. r. u. n. l. l. o. f. f. e. o. s. q. u. i. a. r.
 p. f. i. c. h. o. c. . q. u. i. t. e. f. p. o. n. d. e. f. . h. i. c. p. o. f. i. a. t. e. f. e. i. m. o. y. f. e. s. a. b. a. n. g. e. l. i. s.
 q. u. i. n. i. c. f. e. h. p. a. r. u. n. t. . f. e. p. u. l. a. u. t. e. i. l. l. o. f. n. u. l. l. u. s. h. o. m. i. n. u. m. f. e. a. t. .
 q. u. i. n. e. t. i. m. u. n. t. . a. u. m. a. b. a. n. g. e. l. i. f. f. u. i. f. f. e. f. e. p. u. l. a. t. u. m. . N. a. e. m. a. n. o. t. a.
 i. l. l. u. s. u. b. i. p. o. f. i. a. t. i. f. t. a. l. i. n. h. o. d. e. n. o. f. t. e. n. d. i. t. . f. i. c. e. t. u. n. n. o. b. e. m. a. l. o.
 t. b. i. q. u. i. h. u. c. m. a. r. t. i. f. . u. b. i. o. f. t. e. n. f. u. n. t. . l. a. t. e. n. e. n. o. f. u. o. b. m. o. n. i. f. t. a.
 m. . q. u. i. e. i. p. f. a. u. n. t. m. a. l. o. t. e. f. l. a. t. e. f. i. b. i. a. t. o. d. a. u. a. m. a. l. o. t. e. b. i. f. u. i. f.

Manuscrito del *Itinerario* de Egeria.

Fuente: *Itinerario de la Virgen Egeria*. Edición crítica de Agustín Arce. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1996, Lám. 3.

la centuria anterior, en el monasterio benedictino del *Monte Casino*, dónde parecía continuar en el año 1532. Desde aquí, pasó al dedicado a las Santas Flora y Lucila, en Arezzo, dónde estaba en el año 1788. Al cerrarse este edificio por orden de Napoleón en 1810, se trasladaría luego al que fue su último destino en la biblioteca aludida¹⁰. Con bastante probabilidad, debieron existir otras copias del manuscrito, por desgracia desaparecidas.

Aunque, de manera convencional, el manuscrito es conocido como *el Itinerarium* o la *Peregrinatio*, luego de Egeria, al no disponer de las primeras páginas, se ignora por completo el título que pudo figurar en el texto original. Como muestra de su importancia, debe resaltarse que ha sido traducido a múltiples idiomas y se conocen trece ediciones, que proponen transcripciones diferentes de algunos términos¹¹. Curiosamente una de las primeras traducciones fue al ruso, sobresaliendo la edición francesa realizada por P. Maraval, como reconocen los especialistas (MARAVAL, 1982).

A propósito de su autora, no siempre se pensó en Egeria. Entre otras, el texto se adjudicó a Silvia de Aquitania, un nombre que propuso el propio Gamurrini. Inicialmente, se pensó en esta mujer por su vinculación con el círculo de Teodosio, ya que estaba emparentada con Rufino, su prefecto de pretorio, pero sobre todo porque se tiene constancia de su viaje a Palestina y Egipto en los años 399-400, de lo que escribió un relato, que desgraciadamente nos ha llegado mutilado. Incluso se sugirió el nombre de Gala Placidia, la hija del mencionado Teodosio, una propuesta descabellada, ya que había nacido en el año 399. Al final, tras la publicación de un artículo de M. Férotin, la mayoría de los investigadores aceptan que la autora fue Egeria. En lo relativo a su origen hispano, es más difícil confirmarlo y la cuestión sigue suscitando cierta polémica¹².

En la obra, llama la atención el lenguaje utilizado, ya que no se trata de un latín culto, propio de las élites, sino que parece anunciar las hablas románicas; en realidad, se considera que esta era el medio de expresión vulgar,

10. Respecto al “viaje” de este manuscrito por diferentes bibliotecas, véase A. Arce (1996, 35-38) y E. López Pereira (1991, 22 y 2010, 48), que recogen una información repetida por otros muchos autores sobre el particular.

11. A. Arce (1993, 41-43). E. López Pereira (1991, 31-33 y 2010, 48) enumera las traducciones al inglés, polaco, ruso, alemán, griego, francés, portugués, gallego y catalán, destacando las cinco al castellano.

12. M. Férotin basa sus argumentos en la credibilidad que otorga a la información de Valerio, el abad del Bierzo, cuya carta reproduce (1903, 379-388). Este autor era un benedictino francés y publicó su artículo en el año 1903, aunque el padre Flórez, en la España del siglo XVIII, ya había defendido la autoría de Egeria en este manuscrito, según comenta A. Arce (1996, 18-19). Sobre los otros personajes propuestos, véase, entre otros, E. López Pereira (1991, 22 n.25). Silvia de Aquitania, al parecer, era la hermana del prefecto de pretorio de Teodosio, el mencionado Rufino.

característico de los habitantes de las provincias. Por ello, su lenguaje ha sido de especial interés para las personas expertas en filología. Ante todo, da la impresión de que la autora pretende hacerse entender más que respetar las normas clásicas. Se ha criticado su estilo, pero ha de tenerse en cuenta que se trata de un diario, de notas de viaje, sin pretensiones literarias¹³; al parecer, junto a ciertos párrafos del texto, la escritora llega a incluir dibujos de lo que veía, aunque ninguno figura en el manuscrito conservado. En el fondo, el *Itinerario* nos muestra a una mujer sencilla, pero dotada con una notable capacidad de observación, características que se observan en los relatos de otras viajeras posteriores en el tiempo¹⁴.

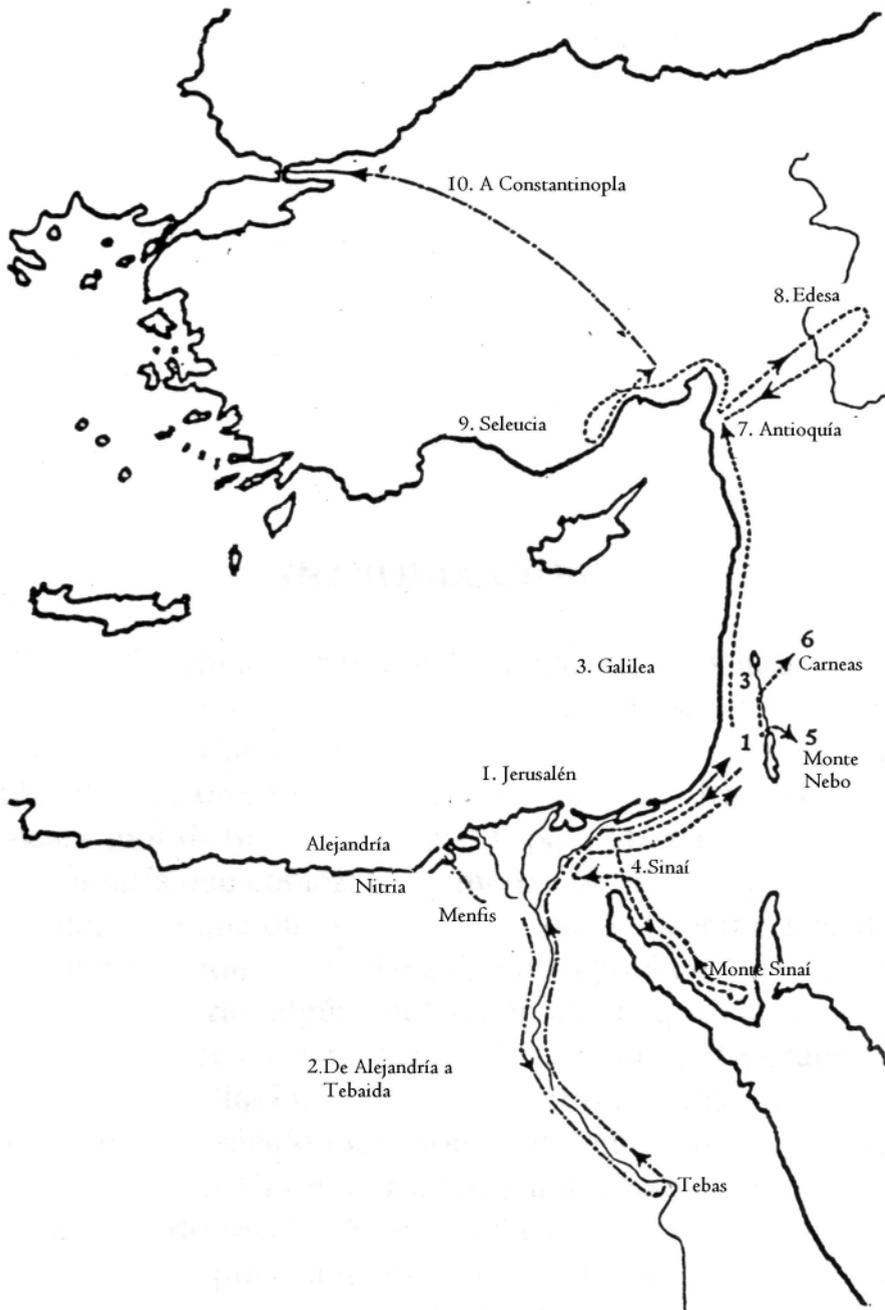
Como relato de una peregrinación, ha de reconocerse que no es el primero de la historia del cristianismo. En el año 333, un personaje anónimo, llegado a Palestina desde Burdeos, dejaba asimismo constancia de su viaje. Al parecer, se trataba de un funcionario imperial que intenta conocer los lugares descritos en la Biblia, sobre todo los vinculados con la vida de Moisés o del propio Jesús; el interés de este relato es relativo, ya que consiste fundamentalmente en una lista de lugares, en los que se puede descansar cada jornada de viaje, mencionando su paso por Heraclea, Roma y Milán¹⁵. Egeria, en realidad, tampoco fue pionera como peregrina, ya que otra hispana, Melania, la había precedido; esta última, una vez viuda, se trasladó a Jerusalén para fundar un monasterio femenino, al igual que Paula, una italiana. En el caso de Egeria, destaca el hecho de ser la primera peregrina escritora, de lo que tampoco después disponemos de muchos ejemplos, ni siquiera de etapas más modernas; de ahí la importancia de su texto, sin olvidar que su obra constituye el primer libro de viajes escrito en la Península Ibérica¹⁶.

13. Lo que ya destacó M. Férotin (1903, 369-370). Véanse, entre otros, E. López Pereira (1991, 22) o M. J. Bravo Bosch (2009, 86, n. 775)

14. Esta forma de redactar contrasta con los escritos grandilocuentes que caracterizan a los viajeros que desean dejar constancia de su aventura, al menos, de las edades más moderna, como resalta Manu Leguineche en su "Prólogo" a la obra de C. Morato (2005, 15). Este autor elige precisamente a Egeria como ejemplo de redacción sencilla y representativa de las obras de las viajeras, aunque surgieran muchos siglos después.

15. Sobre el llamado Anónimo de Burdeos, véanse, entre otros, J. M. André y M. F. Baslez (1993, 262); P. C. Díaz (2010, 247) y E. López Pereira (1991, 29 y 2010, 42).

16. C. Morato (2005, 30-41). En las crónicas sobre peregrinaciones de la tardoantigüedad y etapa medieval, también llama la atención el claro predominio de la autoría masculina (LÓPEZ PEREIRA, 1991, 29-30).



El viaje de Egeria en Tierra Santa y Oriente.

Fuente: Mapa elaborado a partir de LÓPEZ PEREIRA, Eduardo: *Egeria. Viaxe a Terra Santa*. Vigo, Ed. Xerais de Galicia, 1991, Plano 1, pág. 9.

3.—*El Itinerario de Egeria y su contenido*

Ciertamente, el *Itinerario* de Egeria contiene información de primer orden sobre Tierra Santa, en especial los lugares dónde transcurrió la vida de Jesús, de los apóstoles o de episodios bíblicos incluidos en el Antiguo Testamento, con protagonistas como Job, Abraham o Moisés, entre otros. Los parajes por los que estos personajes transitaron serán visitados y descritos con detalle a lo largo de los tres años en que desarrolló su periplo, desde el año 381 al 384¹⁷. Sobre la larga duración del viaje, ella misma nos dice:

Así pues, en nombre de Dios, pasado algún tiempo, como ya hacía tres años completos que había venido a Jerusalén, después de visitados todos los lugares santos a los cuales había venido para hacer oración, y con ánimo de regresar a la patria, quise también ir por voluntad de Dios a Mesopotamia de Siria a ver a los santos monjes. (*Itin. Eger.*17, 1)¹⁸.

Aunque faltan algunas páginas, en el *Itinerario* se distinguen claramente dos partes. La primera consiste en una descripción del viaje por Oriente y la segunda se centra en una narración sobre las liturgias que se celebraban en las iglesias de estas regiones.

Sin duda, la parte más interesante de esta obra es la relacionada con los viajes. Ante todo, se observa la minuciosidad con la que preparó esta aventura, de modo que Egeria se documentó ampliamente antes de partir con una lectura atenta de la Biblia, que la sigue acompañando en todo su recorrido por Oriente¹⁹. De ese modo, ella pretende comprobar que los pasajes bíblicos son reales, contemplando los escenarios en los que sucedieron los hechos de los personajes *santos*. Como cualquier otro peregrino, visitaba estos lugares porque “servían como testimonio y verificación de lo sagrado”, convirtiéndose en escenarios privilegiados de episodios ligados a personajes bíblicos²⁰. Al contemplar las supuestas huellas dejadas por los

17. Sobre la duración del viaje, véase sobre todo P. Devos (1967), quien se basa en las aportaciones de A. Baumstack, un autor que utilizó la crónica de *Edesa* y de Teodoro. En realidad, lleva a cabo un complicado cálculo, partiendo de la datación de las liturgias de Pascua que describe Egeria y de los obispos de *Batanae*, *Edessa* o *Carneas*, ciudades visitadas por la peregrina, y a los que pudo conocer y visitar. Véanse también E. D. Hunt (1982, 164), E. López Pereira (1991, 26-28), A. Arce (1996, 55-58) o M. J. Bravo Bosch (2009, 85).

18. *Itin. Eger.*17, 1. Véase A. Arce, cuya edición crítica es la manejada en este artículo (1996, 177-231).

19. Cuando llega al monte Sinaí, comenta que “después de haber leído en ese lugar todo lo que dice el Libro de Moisés” (*Itin. Eger.*, 3, 6). Un comportamiento que repetirá en las visitas a otros lugares.

20. P. C. Díaz (2010, 247), autor que resalta la configuración de una “geografía de

profetas, Jesús o sus discípulos en determinados enclaves, consideraba que aportaban pruebas que corroboraban la información de los Evangelios; por ello, no sólo pretendía observar sino difundir esta información a otras personas cristianas, privadas del privilegio del viaje religioso²¹. De lo que ve, Egeria ofrece un relato detallado y acaba elaborando un precioso y atractivo diario de viajes, que recuerda los que siglos más tarde escribieron otros aventureros, en la confianza de que fuesen útiles para los que pretendiesen imitar sus experiencias viajeras.

Aunque, con certeza, Egeria partió de un lugar de Occidente y viajó durante más de tres años por las tierras del Mediterráneo oriental, no siempre sabemos con exactitud cuál fue su recorrido; sólo que visitó Palestina y Egipto primero, y luego Siria y Mesopotamia hasta llegar a Constantinopla. En su obra, junto a nombres de ciudades y lugares muy conocidos, también figuran algunos de difícil identificación, para lo que se requiere un conocimiento detallado de estos territorios, así como de los textos bíblicos²². Su relato comienza con su llegada al Monte Sinaí, en junio del año 383, pero nos dice que ya lleva un tiempo en Tierra Santa y que desea volver a Jerusalén, recorriendo el mismo itinerario. A pesar de que no disponemos de las primeras páginas de su relato, esta afirmación y los datos que aporta sobre el viaje de regreso nos permiten aproximarnos a las primeras etapas de su estancia en Palestina y Egipto.

Gracias a estas afirmaciones, pensamos que el viaje realizado por Egeria la condujo desde Hispania, quizá con estancia en Constantinopla, hasta Jerusalén, dónde debió permanecer unos meses y fue bien acogida por el obispo del momento, probablemente el conocido Cirilo, aunque su nombre no figura en el texto de la peregrina (ARCE, 1996, 61-65). De aquí se trasladó a Egipto hasta llegar al Monte Sinaí. Cuando se encuentra en los lugares visitados por Moisés, comenta que iniciará el camino de regreso, haciendo el mismo recorrido que la condujo a los escenarios de la vida del profeta. Precisamente, con la narración de la estancia ligada al Monte Horeb, también llamado *Sagrado* por los primitivos cristianos, comienza la parte conservada de su *Itinerario*.

Desde esta zona, marchó de nuevo hacia Egipto, a la provincia de la Tebaida, llegando al desierto, donde se interesó por la vida monástica. Ha de señalarse que no sólo en las regiones del Nilo, aunque destaquen de manera

lo sagrado” en estos lugares vinculados a la vida de Jesús y los profetas, los visitados preferentemente por los peregrinos (244-245).

21. Egeria se comportaba al igual que otros peregrinos, aunque ella escribía sobre los lugares visitados. Véase J. M. André y J. M. Baslez (1993, 260-261).

22. Un detallado análisis de los lugares recorridos puede verse en E. López Pereira (1991, 26-28 y 2010,48-49), entre otros.

especial, sino en todo Oriente, surgían anacoretas, eremitas, junto a otros muchos hombres y mujeres que habían elegido igualmente la vida ascética para vivir en los cenobios. Posiblemente en Egipto, Egeria contempló los vestigios de la cultura faraónica, como las espectaculares pirámides o los impactantes templos, pero nada nos cuenta, quizá porque representaban las huellas de una sociedad cuya religión reprobaba. Luego volvió hasta el Golfo de Suez, a *Clysmá*, importante centro portuario y comercial del Mar Rojo, del que se encaminó nuevamente hasta Jerusalén, recorriendo lugares tan emblemáticos como Belén, donde visitó la “Cueva de los pastores”, entre otros. Tras recorrer gran parte de la tierra de Palestina, decide abandonar los “lugares santos” para emprender el viaje de regreso, aunque siguió un complejo y enrevesado recorrido por las zonas de Siria, Cilicia, Capadocia, Galacia y Bitinia hasta llegar a Constantinopla; especialmente, narra su visita a la ciudad de *Edessa* cercana al río Éufrates, a dónde dirigió sus pasos para conocer la tumba del santo Tomás, entre otros centros religiosos emblemáticos. Al final, consiguió alcanzar Constantinopla, en la primavera, en concreto en el mes de junio del año 384. En esta ciudad, finaliza su relato, anunciando su intención de volver a su patria. La interrupción del texto suele interpretarse como la prueba de una enfermedad o de su propia muerte, por lo que se considera que nunca llegó a hacer el viaje de vuelta. Lo último que escribió fue lo siguiente:

Desde este lugar, dueñas mías y luz de mi vida, mientras escribía esto a vuestra caridad ya tenía el propósito de ir en nombre de Cristo nuestro Dios a Éfeso, en Asia, para orar en el sepulcro del santo y bienaventurado apóstol Juan. Si después de esto, estaré viva, y si además podré conocer otros lugares, lo referiré a vuestra caridad; o yo misma presente, si Dios se digna concedérmelo, o ciertamente os lo comunicaré por escrito, si otra cosa me viene al espíritu.

Entretanto, señoras mías y luz de mi vida, dignaos acordaros de mi, sea que esté viva, o sea que haya muerto. (*Itin. Eger.*, 23.10)

De esta larga peregrinación, va contando las distancias a través de las *mansiones* o *stationes*, lugares marcados en las vías de comunicación y separadas por el tramo que se podía recorrer en una jornada, donde se construyeron edificios para albergar a los viajeros; éstos disponían de agua, y, en ciertos casos, incluso de baños²³. De igual manera, suele referirse a

23. Menciona, entre otros, el caso de las cuatro mansiones en el desierto, situadas en la ruta del Mar Rojo a la ciudad de Arabia, protegida por soldados y nos dice que albergaban recintos fortificados. (*Itin. Eger.*, 7, 2). E. D. Hunt (1982, 58). Sobre las *stationes* y *mansiones* en la sociedad romana, véase especialmente J. Jiménez Guijarro (2009, 168-169).

los días empleados en los traslados y, con frecuencia, a los sistemas de transporte que utiliza, tales como el caballo, el camello, el burro y exhaustas jornadas a pie²⁴.

Egeria no olvida la descripción de los sitios en los que descansaba y pernoctaba, desde posadas a monasterios, donde se aprecia la hospitalidad generosa y amable hacia esta viajera. En realidad, se trataba de una práctica habitual en Egipto y Siria, por lo que las atenciones hacia Egeria no son una excepción (SIMON, 1973, 111). Con frecuencia alude a los víveres que le ofrecen en los monasterios, destacando las *eulogias*, término que quizá describa manzanas; de manera especial, cita las que habían sido recogidas en el huerto considerado de Juan el Bautista y que le ofrecieron para el viaje²⁵. Según se desprende de su relato ella viajaba sola, de ahí la importancia de los monjes de los diferentes monasterios que visitó, y que la acompañaban frecuentemente en sus jornadas de viaje. Así sucedió en el recorrido de *Clysmá* a la ciudad de Arabia, entre otros muchos casos, de lo que nos dice:

En este viaje, los santos que iban con nosotros, clérigos o monjes, nos mostraban cada uno de los lugares que yo buscaba siempre según las Escrituras. (*Itin. Eger.*, 7, 2)

Sin duda, le impresiona la belleza de estas regiones, como sucede en la zona del Sinaí, y suele describir los montes, los ríos e incluso los cultivos y plantas características. Tal y cómo narra en la primera página del texto conservado sobre la región de Sinaí y luego el magnífico panorama que se divisaba desde el Monte Nebo, en el valle del Jordán:

Luego, siguiendo la marcha, llegamos a un lugar dónde aquellos montes entre los cuales íbamos se abrían, formando un valle amplísimo, muy llano y muy hermoso, y al fondo de él se veía el santo monte de Dios, el Sinaí (...).

Y así desde la puerta de la Iglesia vimos el lugar donde entra el Jordán en el Mar Muerto, lugar que se veía debajo de nosotros, tal cómo estába-

24. De manera específica se refiere a lo ocurrido en el desierto de Farán, en la zona de Sinaí, dónde “los faranitas, que suelen andar por allí con sus camellos, ponen señales de trecho en trecho, señales que le sirven de guía para caminar de día; y por la noche los camellos van siguiendo esas señales” (*Itin. Eger.*, 6,2). En asno ascendió al Monte Nebo (*Itin. Eger.*, 12, 3).

25. *Itin. Eger.*, 15.6. Egeria dice: “Nosotros, después de recibir del presbítero *eulogias*, es decir, frutas del huerto de San Juan el Bautista, y también de los santos monjes que tenían sus ermitas en aquel huerto frutal”. A este fruto se refiere en múltiples ocasiones a lo largo de su obra (*Itin. Eger.*, 3, 6; 11, 1 y 21, 3).

mos. Vimos también enfrente no sólo *Livias*, que estaba al lado de acá del Jordán, sino también Jericó al otro lado del Jordán: ¡tan alto se hallaba el lugar dónde estábamos ante la puerta de la iglesia! También se veía desde allí la mayor parte de Palestina, que es la tierra de promisión, y todo el valle del Jordán, pero sólo cuánto podía contemplar la vista.

Ví en la ribera del Jordán un valle muy hermoso y ameno, con muchas viñas y árboles; pues había allí agua abundante y buenísima. (*Itin. Eger.*, 1, 2; 12, 4-5 y 13, 2)

Cuándo se refiere a los cultivos de la zona, alude al sicómoro, llamado “el árbol de la verdad” por Egeria, al que se atribuían virtudes curativas, que supuestamente habían plantado los antiguos patriarcas²⁶. Al mismo tiempo, resalta la hostilidad de algunos paisajes, cuyo acceso está lleno de dificultades, sin manifestar queja alguna. Con detalle describe el ascenso agotador, a pie, hasta la cumbre del Monte Sinaí:

Allí pues, pasamos aquella noche, y el domingo temprano, comenzamos desde allí a subir los montes uno por uno. Se sube a ellos con inmenso trabajo, porque no los subes poco a poco dando rodeos —en caracol— como decimos, sino que subes todo derecho como si fuera por una pared; y es necesario bajar derechamente por cada uno de dichos montes hasta llegar al pie mismo del de en medio, que es propiamente el Sinaí. Y así por voluntad de Cristo Dios nuestro, ayudada con las oraciones de los santos que me acompañaban, con gran trabajo, pues tenía que subir a pie, porque de ningún modo era posible subir ni aún en silla —y el trabajo no se sentía en parte, porque veía cumplirse el deseo que yo tenía, inspirado por Dios. (*Itin. Eger.*, 3, 1- 2)

De igual manera, Egeria nos informa sobre los peligros de algunas rutas, sobre todo secundarias, que hicieron necesaria la presencia de soldados que velaran por su seguridad, como ocurrió en la zona del Sinaí y Egipto. En concreto, describe su llegada a la ciudad de Arabia, la Dubai actual, en estos términos:

Desde allí despedimos a los soldados que nos habían prestado su ayuda, según las leyes romanas, mientras habíamos andado por lugares peligrosos; pero ahora, como era ya la vía pública de Egipto, que pasaba por la ciudad de Arabia y va desde la Tebaida a Pelusio, ya no era necesario molestar a los soldados (*Itin. Eger.*, 9, 3-4)

26. J. M. André y M. F. Baslez (1993, 264). Sobre el sicómoro como “árbol de la verdad”, véase *Itin. Eger.*, 7, 7.

Al parecer la vía que comunicaba la zona del Sinaí con Egipto albergaba destacamentos militares, que debían proteger a los peregrinos y viajeros en general, aunque quizá Egeria gozó de una escolta militar privada y específica. Se ha planteado incluso que pudo disfrutar de un salvoconducto, un auténtico privilegio propio de personajes poderosos, lo que habría favorecido su libertad de movimientos²⁷. Sin duda, un viaje de estas características implicaba padecer ciertas incomodidades, incluso calamidades, de las que nunca expresó queja alguna, al igual que sucedió con otros peregrinos y peregrinas (DÍAZ, 2010, 256-259). Lo más llamativo es la satisfacción que manifiesta cuándo llega a un lugar y piensa que las historias bíblicas se desarrollaron en los escenarios que ella está contemplando. Esta visión le servía para otorgar absoluta veracidad a estos relatos y, a la vez, para reforzar su fe religiosa. Aunque en una ocasión, no pudo

ver algunos lugares, como resaltaba al referirse al enclave en el que debía estar la estatua de sal en la que se había convertido la esposa de Lot; ella manifiesta cierta sorpresa y comenta: “creedme venerables señoras, que la estela misma ya no se ve: sólo se muestra el lugar, mientras que la estela misma se dice haber sido cubierta por el Mar Muerto”²⁸.

Pero el caso de Lot es excepcional, ya que en todos los restantes lugares que conoció, sí pudo comprobar la exactitud de los relatos de la Biblia. Sin



El Monte Sinaí y las huellas de Moisés. Litografía de Louis Haghe, 1839.

Fuente: http://rlv.zcache.com/convent_of_st_catherine_with_mount_horeb_feb_11_poster-p228102138470848297t5ta_400.jpg

27. El llamado *cursus publicus* (DÍAZ, 2010. 249). Junto a la presencia de soldados, Egeria alude también a la compañía de los monjes en algunas de sus jornadas (*Itin. Eger.* 2, 7).

28. *Itin. Eger.*, 12, 7. Sobre el episodio de su frustración ante la ausencia de la columna de sal, véase, E. D. Hunt (1982, 87).

duda, esta obra se convirtió en su auténtico libro de cabecera, que le acompañó en su largo viaje y que lee en cada visita²⁹. De los numerosos centros sagrados que llegó a conocer, notable interés mostró por la comprobación de los episodios del Antiguo Testamento relacionados con Moisés y situados en la zona del Sinaí; se refiere especialmente a la destrucción del becerro de oro, la zarza ardiente de la que salió la palabra divina, la “lluvia de maná o codornices” o la elaboración de las leyes y su posterior eliminación, llamando la atención sobre el Monte Horeb de esta región, patria del profeta Elías y que albergaba la cueva que había habitado³⁰. Pero se recrea en lo que ha visto en Jerusalén, en general las iglesias levantadas sobre los escenarios de la vida de Jesús, tales como su nacimiento en Belén, el cenáculo de Sión, el Monte de los Olivos —dónde se erigieron los templos de Sión y Elena—, su muerte o su propia resurrección y ascensión, sin olvidar otros como el sepulcro de Lázaro³¹. En el valle del Jordán, recorrió lugares como la tumba de Job en *Carneas*, el enclave dónde bautizaba Juan y sobre todo el Monte Nebo, situado al Norte de Jericó y del mar Negro, dónde Moisés había conseguido que el agua brotara de una roca para saciar la sed de su pueblo³². Su estancia en distintas regiones de Mesopotamia y Asia Menor, ya en la etapa final de su viaje, parece responder al afán por conocer la casa de Abraham en *Charris*, el pozo de Jacob a pocas millas de esta ciudad, los sepulcros de Santo Tomás en *Edessa* y de Juan el Evangelista en Éfeso, al que quizá no llegó, las tumbas de Santa Tecla en Isauria (Cilicia) o de Santa Eufemia en Calcedonia (Bitinia)³³.

Aunque Egeria buscaba huellas del pasado, le preocupa asimismo la situación presente de la Iglesia y se interesa por la vida en los monasterios, así como por la situación de anacoretas y eremitas. Al parecer, siempre fue bien recibida, siendo acogida también por los monjes, e incluso por autoridades eclesiásticas, sobre todo por obispos. Su fama de piadosa debía precederla, y siempre que llega a un lugar, dotado o no con un una iglesia o edificio religioso, procede a rezar, dedicando a la oración una parte muy importante del tiempo empleado en su viaje³⁴; sin olvidar que, compartiendo

29. La compañía de la Biblia es destacada por gran número de autores, como A. Arce (1996, 43-44).

30. Sobre estos episodios véase, *Itin. Eger.*, 2, 2-3; 3, 6-7; 4, 1-2 y 7; 5, 2-6, 8 y 12,2.

31. A propósito de los santuarios de Jerusalén visitados por Egeria, véanse los comentarios y las referencias del Itinerario en A. Arce (1996, 103-112).

32. Lugares a los que presta bastante atención (*Itin. Eger.*, 10,8; 11, 1-3; 13, 1 y 16, 1-3).

33. *Itin. Eger.*, 12, 7; 17, 1; 19, 2 y 5; 20, 1, 11 y 41; 22, 2; 23, 7 y 10. A propósito de la descripción de estos lugares, mencionados en la parte conservada de su itinerario, véanse especialmente E. D. Hunt (1982, 58-59, 86-88 y 164) y E. López Pereira (2010, 52).

34. Véase *Itin. Eger.*, 10, 7, entre otros ejemplos.

los mismos deseos que otros peregrinos, suele llevarse reliquias o recuerdos de los centros visitados, como agua o aceites de los templos³⁵. A propósito de su arraigada piedad, nos dice:

Pues fue siempre costumbre que, en llegando a cualquiera de los lugares deseados, primero se hiciese allí oración, luego se leyese la lección correspondiente del códice, se dijese un salmo apropiado del asunto, y se hiciese de nuevo oración. (*Itin. Eger.*, 10, 7)

A pesar de su preciosa información para la historia de la Iglesia, por el análisis de las celebraciones litúrgicas que hace Egeria, la parte segunda de su relato ofrece menor interés. En estas páginas, se nos muestra una vez más como piadosa peregrina, y sobre todo, se dedica a la descripción de los ritos cotidianos, dominicales o diarios, que se desarrollaban en las fiestas de Pascua, Pentecostés y Semana Santa, en los que ella misma participó. Estos datos sirven para corroborar hasta qué punto Jerusalén se había convertido en un gran centro religioso y al servicio de los peregrinos (DÍAZ, 2010, 251). Curiosamente esta parte la escribe en tercera persona, mientras que su relato del viaje lo hace en primera³⁶.

Tras leer este diario de viajes, no cabe duda de que nos encontramos ante una mujer con una arraigadas creencias religiosas, que la empujaron a esta aventura, la que, en cualquier caso, pretende compartir. Su texto está destinado a sus “hermanas”, a las que desea informar de su peregrinación, quizá con el ánimo de invitarlas a viajar para hacerlas partícipes de su experiencia. Pero las razones de por qué ella fue la elegida para protagonizar la peregrinación o cual podía ser su procedencia social, geográfica, etc. no son cuestiones fáciles de dilucidar.

4.—*Los mitos sobre Egeria, la viajera de Gallaecia*

Por razones de tinte un tanto *patrióticas*, Egeria se ha llegado a presentar como una mujer gallega, de elevada posición social, a la que se buscó incluso parentesco con la familia de Teodosio³⁷. De tal modo arraigaron

35. Egeria describe el ritual característico de las fiestas de la epifanía, el bautismo, las celebraciones diarias y dominicales, incluyendo himnos, lecturas y oraciones. Véase también E. López Pereira (2010, 52).

36. Detalle destacado por H. Sivan (1988a, 528).

37. No es difícil encontrar su identificación con la “primera escritora gallega en latín”, como recoge M. J. Bravo, aunque la autora matiza que había nacido en la *Gallaecia* del siglo IV, muy diferente a la Galicia actual (2009, 83-84).



Mujer cristiana en el Egipto del siglo IV.

Fuente: MANDOUZE, André y VALERO, Juan Bautista (dirs.): *2000 años de cristianismo*. Vol. I. Madrid, Sedmay Ediciones, 1979, p. 112.

tales presupuestos, que su origen hispano resulta muy difícil de rebatir, ya que se imprimió un sello con su imagen en el año 1984, para conmemorar los dieciséis siglos de su aventura³⁸. Pero tales afirmaciones conviene matizarlas, e incluso desmontarlas.

A propósito de la patria de Egeria, parece lógico pensar en Occidente, sobre todo desde que se acepta su identificación con la mujer del mismo nombre que menciona Valerio. En palabras del monje del Bierzo, esta peregrina había nacido “en el extremo litoral del mar Océano occidental”³⁹.

38. La imagen de este sello, puede verse en la web: <http://www.allcollection.net/espana-1984-2773-monja-egeria-x9111024>.

39. Dato recogido por A. Arce (1996, 23-26). Sobre la posibilidad de *Coca*, propuesta

Pero más allá de situar su patria en *Gallaecia*, en sentido amplio, poco más podemos añadir.

El hecho de relacionarla con la familia de Teodosio ha situado su lugar de nacimiento en *Coca*, Segovia. Tal visión se debe, sin duda, a la influencia poderosa de la aristocracia hispana, cuyo papel fue decisivo en el ascenso político de este personaje hasta alcanzar el trono imperial⁴⁰. De ser cierto, lo que es complicado de demostrar, Egeria sería *gallaica*, pero no gallega, como han pretendido algunos historiadores, pudiendo ubicar su lugar de nacimiento en otros enclaves como Astorga, la patria de Valerio, o incluso la ciudad portuguesa de Braga⁴¹. Lo que sí parece discutible es su origen galo, como pretenden algunos autores, con argumentos no muy convincentes, que sitúan su origen en la ciudad francesa de Arles, en el entorno del Ródano; para ello, se sirven de la comparación que Egeria establece entre este río galo y el caudaloso Eufrates, que se había visto obligada a atravesar en barco cuándo recorría el territorio mesopotámico⁴².

Su pertenencia a los círculos imperiales se relaciona con la enorme influencia del clan de los hispanos en época de Teodosio, cuándo Egeria protagoniza su viaje, que parece coincidir en el tiempo con la llegada de este personaje a Constantinopla en el año 381⁴³. Se planteó su posible vínculo familiar con un tío del emperador llamado *Eucherius* e incluso que fuera hermana de Gala Placidia, lo que es imposible de demostrar, además de disparatado⁴⁴. En el fondo, las razones esgrimidas tienen que ver con la notable implicación de algunas mujeres de la corte imperial en el apostolado y proselitismo cristiano. De manera especial, destacó *Elia Flavia Accilla*, la esposa del emperador, junto a otros de sus parientes femeninos (TEJA, 1997, 277-278); sin olvidar la presencia de galas e hispanas pertenecientes

que sólo se sostiene por los hipotéticos parentescos con Teodosio, véanse también E. López Pereira (2010, 46-47) y M. J. Bravo Bosch (2009, 84).

40. G. Bravo (1997 y 2009, 50-52). Este autor no incluye a Egeria en el seno de estas familias.

41. Sobre las propuestas para la patria de Egeria, véase A. Arce (1996, 23-26).

42. *Itin. Eger.*, 19, 5. Véase H. Sivan (1988b, 63-64).

43. El clan de los hispanos en el siglo IV es el tema de varios trabajos de G. Bravo (1997 y 2009), aunque no cita el caso ni de Egeria ni de su posible parentesco con Teodosio, a pesar de reconocer la poderosa influencia de ciertas familias hispanas en la época de este emperador. Por su parte, D. A. Hunt defendió la dificultad de negar la relación de Egeria con las poderosas familias hispanas en la política imperial (1982, 164).

44. E. López Pereira alude al especialista A. Lambert como defensor de estos forzados parentescos (2010, 47). La coincidencia de los viajes es resaltada por A. Arce (1996, 27, 32 y 79), quien, entre otros autores, defiende la existencia de lazos familiares entre Egeria y Teodosio. Véase también D. A. Hunt (1982, 164).

a ricas e influyentes familias aristocráticas, de lo que Egeria podía ser un elocuente ejemplo.

Se argumenta asimismo que Egeria debía pertenecer a los grupos aristocráticos y poseer una fortuna considerable, absolutamente imprescindible para emprender un viaje de estas características; así se conoce para el caso de Paulina y otras famosas peregrinas de su tiempo. De igual manera, se alude al hecho de ser recibida por las autoridades eclesiásticas, no sólo por monjes, o el hecho de recibir la protección de destacamentos militares, un privilegio este último de que disfrutaron gentes de cualquier posición social en zonas inseguras⁴⁵. Es revelador de ese supuesto estatus preeminente, la acogida que le dispensaban los obispos en las ciudades que visitaba, tal como le sucedió a su llegada a *Batanae*, una ciudad mesopotámica, lo que no parece ser un hecho excepcional. Del comportamiento de la autoridad eclesiástica, Egeria nos dice:

El santo obispo de dicha ciudad, varón verdaderamente religioso, monje y confesor, acogiéndome con agrado, me dijo: “Porque veo, hija, que movida por la religión te has impuesto tan gran trabajo de venir a estos lugares desde las últimas tierras, si lo tienes a bien, te mostraremos todos los lugares que hay aquí y que los cristianos ven con gusto”. Entonces yo, dando gracias primero a Dios y luego a él, roguéle mucho que se dignase hacer lo que decía. (*Itin. Eger.*, 19, 5)

Incluso algunos llegan a afirmar que debió disponer de un *cursus publicus*, privilegio sólo accesible a personajes de alto rango y asimismo públicos; gracias a este documento, que funcionaba como salvoconducto, se podía disponer de alojamiento, víveres para el viaje, carros o cualquier tipo de montura y escolta militar si la inseguridad de la ruta lo recomendaba (DÍAZ, 2010, 249). Todo ello no sería más que la manifestación evidente de su elevada posición social.

Sin embargo, otros autores han cuestionado la pertenencia de Egeria a tales círculos de la élite social, basándose en el latín que utiliza, muy popular, y no propio de las mujeres de la aristocracia del momento. A la vez, se enfatiza que no conoce el griego, lo que sería extraño en una dama bien educada de la época, que seguía el modelo clásico de conocer la len-

45. Como “gran dama” la definió M. Férotin (1903, 370 y 392) y otros autores posteriores. Sin embargo, P. C. Díaz matiza que los destacamentos militares estaban establecidos en las zonas más inseguras, con el afán de proteger a los peregrinos, a los que podían acompañar en sus viajes (2010, 258-259), lo que también afirma H. Sivan (1988b, 66 y 69-70).

gua helena⁴⁶. Al parecer otras mujeres, de origen claramente aristocrático, sí hablaban en griego, como ocurrió con Paula o Melania la mayor.

Si no pertenecía al círculo de la familia imperial, lo que defienden bastantes historiadores, ni a la aristocracia, su familia o su círculo de amigos debía tener dinero como para costearle el viaje. No conviene olvidar que la peregrinación se percibía como una manifestación de piedad, pero en la práctica era un auténtico lujo (SIMON, 1973, 100; DÍAZ, 2010, 254); por ello, sólo unos pocos personajes privilegiados podían emprenderlo, al menos en el siglo IV y como protagonistas de largos recorridos por el Mediterráneo.

Por último, otra cuestión controvertida se relaciona con su identificación con una monja, como pretendía Valerio del Bierzo, que la presenta como *beatissima*⁴⁷. Ciertamente, no es fácil que una mujer, célibe, con deberes en el monasterio, pudiese viajar y estar fuera tanto tiempo, haciendo gala de tal libertad de movimientos. La situación sería aún más extraña en el caso de tratarse de una abadesa. Precisamente, esta larga permanencia fuera de su hogar y la facilidad con la que se trasladaba inclina a pensar en una mujer no atada por votos religiosos⁴⁸.

5.—*Egeria y otras peregrinas a Tierra Santa en el siglo IV*

Como viajera a Tierra Santa, en realidad, Egeria no fue un caso único en el Mediterráneo de la época. Nombres como los de Melania, asimismo hispana, Paula o Silvia de Aquitania también resultan familiares, pero sus biografías parecen estar alejadas de lo conocido para la primera peregrina escritora. Si Oriente se convirtió en un centro de atención para gran número de aristócratas, no fue sólo por dar rienda a emociones religiosas y exhibir la piedad, también se buscaba satisfacer la curiosidad, contar las experiencias y el encuentro con lo exótico (TEJA, 1998, 275-280; PEDREGAL, 2005, 328-329; MORATO, 2004, 42). Bien es cierto, que en mayor o menor medida, sí ha de reconocerse la contribución de estas damas, viajeras o no, en la implantación y difusión del cristianismo primitivo, como nos revela la propia esposa de Teodosio, la aludida *Elia Flavia Flaccilla*; sin duda, una biografía modélica para las mujeres de su época y entorno⁴⁹.

46. Lo que defiende H. Sivan (1988a, 532 y 1988b 71-72).

47. Desde M. Férotin (1903) a E. López Pereira (1991, 16 y 2010, 46-47) o M. J. Bravo (2009, 83) se ha insistido en la imagen de la monja Egeria, o en su cualidad de virgen. R. H. Sivan (1988a, 532).

48. Tal y como propuso en su momento. R. H. Sivan (1988a, 532).

49. Para una reflexión sugerente sobre el alcance de la influencia femenina en la

De estas notables mujeres, sabemos con seguridad que pertenecían a familias pudientes. Algunas habían contraído matrimonio y convencieron a sus esposos, primero de observar la castidad en sus relaciones conyugales, luego de abandonar la riqueza de sus aristocráticas viviendas. En ciertos casos, se marcharon a Tierra Santa, a dónde llegaron para dedicarse a la vida ascética en los monasterios que fundaron. Entre otros destacados ejemplos, merece la pena citar a la conocida hispana Melania la mayor, una viuda de 22 años, que se trasladó a Egipto en los años 371-372 y acabó asentándose en Palestina; aquí fundó un monasterio y murió en Jerusalén. Su nieta, Melania la menor, fue famosa por mantener la abstinencia sexual en su matrimonio. Ambas mujeres estaban emparentadas con Paulino Nova, originario de Aquitania, que también observó la norma de la *pureza* en el contacto con su esposa, fundando una comunidad asceta, aunque no viajaron a Oriente. Por contraste con la austeridad que parecieron asumir estos personajes, los padres de la iglesia criticaron el comportamiento poco digno de algunas aristócratas, como sucedió con Poemenia, pariente de Teodosio, que visitó Egipto y Palestina en los años 394-395, pero haciendo ostentación del lujo que correspondía a los privilegios de su clase. Por último, merece la pena citar a Silvia de Aquitania, vinculada a poderosos grupos de la Galia, de dónde emergieron asimismo interesantes mujeres que por devoción religiosa llegaron a Oriente. No es casual que se la propusiera inicialmente como autora de la hoy llamada *Peregrinatio Egeriae*, ya que Silvia recorrió los mismos lugares que Egeria, desde Egipto y Palestina hasta Constantinopla, pasando por Capadocia y Bitinia, aunque en fechas posteriores en los años 399-400, de lo que ofreció un relato, que ha pervivido muy mutilado, como ya se comentó⁵⁰. En esta serie de ejemplos, llama la atención su deseo convertido en realidad de fundar cenobios y optar por la vida célibe.

De Egeria nada se nos dice sobre un hipotético deseo de fundar monasterios con otras hermanas, o de vivir sin lujos; en cualquier caso, en su recorrido por Oriente nada indica que practicase la ostentación en su estilo de vida. Sólo se nos informa de que durante tres años recorrió Oriente, para conocer los lugares sagrados con el afán de demostrar la verdad de los textos bíblicos. Constantemente manifiesta que actúa por voluntad de Dios, por amor a Dios, o por el deseo de satisfacer un conocimiento religioso que buscaba como peregrina. En este sentido, recuerda a los viajeros

implantación del cristianismo primitivo, véase K. Cooper (1992 y 1996), quien matiza su alcance real. Véase asimismo A. Pedregal (2005, 330).

50. A estos nombres, se pueden añadir los de Paula, una itálica, que fundó un monasterio en Belén o Fabiola, asimismo italiana. Sobre estos personajes, entre la lista abundante de títulos sobre sus biografías, véanse, R. Teja (1997).

y aventureros que recorrieron mucho antes que ella el Mediterráneo, en muchos casos para satisfacer sus ansias de saber.

Ante la experiencia de Egeria, manifestación suprema de la piedad religiosa, curiosamente los Padres de la Iglesia reaccionaron para que no fuese una práctica habitual entre las devotas cristianas. Por ejemplo, Jerónimo criticará la peregrinación femenina, aunque él viajó a Tierra Santa en el año 374; en el fondo, repudia el lujo que exhiben algunas aristócratas, manifiesto en el séquito que las acompañaba. En este sentido, le molesta la actitud de personajes como Poemenia, si bien alaba la austeridad de otras como Paula; por ello, critica las peregrinaciones colectivas y femeninas, pero nunca las protagonizadas por personas cultivadas, inclinadas al ascetismo, es decir las que podían realizar el clero masculino⁵¹. Otro personaje como Arsenio, un asceta de Egipto, llegó a recriminar a una virgen peregrina que lo visitó, reprochándole su actitud, ya que como mujer debía permanecer en casa (PEDREGAL, 2005, 328).

Pero, sin duda, la reprobación más contundente la manifestó el obispo Gregorio de Nisa, quien advierte de la inconveniencia de que las mujeres viajen, en concreto a Jerusalén, por los peligros que podían acecharlas. A propósito de las peregrinaciones femeninas, este teólogo y padre de la Iglesia, originario de Capadocia, manifiesta en su famosa *Epístola 2*:

Una mujer no puede realizar un viaje tan largo si no tiene quien la acompañe, ya porque, debido a su debilidad natural, se la debe ayudar a subir a la cabalgadura y a bajar de ella, ya porque debe ser protegida en los lugares difíciles. Y, cualquiera (que) sea la disyuntiva, o que tenga un allegado que se preocupe de cuidar de ella, o un criado que la acompañe, en ninguno de los casos está libre de falta. Pues, tanto si se confía a un extraño, como a un familiar, no observa la ley de la continencia. Y, puesto que en aquellos lugares de Oriente, las posadas, las hospederías y las ciudades tienen mucho de licencioso y de indiferente hacia el mal ¿cómo se puede conseguir que a quien anda entre humos no se le irriten los ojos?⁵².

51. Sobre la postura de Jerónimo ante las peregrinaciones, sobre todo femeninas, véase, entre otros, M. Simon (1973, 115) y P. C. Díaz (2010, 254, n. 82 y 255).

52. Greg. Nyss. *Epis*, 2, 67. Texto citado por R. Teja (1997, 275 y 282, n. 5). Gregorio de Nisa (335-395), fue obispo de Nisa (Capadocia) y hermano de San Basilio y Santa Macrina; no se le debe confundir con Gregorio Nacienceno (329-390), nacido en Nacia (Capadocia), también teólogo y obispo de Constantinopla, un error que se detecta en algunos trabajos contemporáneos. M. Rivera reflexiona sobre la consideración de la mujer viajera, vulnerable y potencial víctima de la violencia masculina (1990, 39), mostrando la perdurabilidad de una imagen.

Ciertamente, no parecían ser del agrado de las autoridades eclesiásticas tales peregrinaciones, incluso las masculinas, que el culto a las reliquias había exaltado sobre todo después de Constantino, quien exhibió la cruz de Jesús, que decía haber desenterrado⁵³; en esta época, no puede olvidarse el culto a las tumbas de los mártires y de los santos, con claras resonancias de prácticas homéricas y relacionadas con la exaltación de los héroes⁵⁴. Pero fue sobre todo Helena, su madre, quien puso de moda los viajes religiosos a Tierra Santa para sacar a la luz reliquias en los escenarios de la vida de Jesús o de otros episodios bíblicos. A estos sitios *sagrados*, acudieron con entusiasmo hombres y mujeres para dar rienda suelta a sus emociones religiosas y exhibir su piedad, desde los lugares más distantes del Mediterráneo, en especial desde la Galia e Hispania, síntoma del arraigo del credo cristiano (MORATO, 2005, 27).

Tras Egeria y algunos escasos ejemplos femeninos de su época, las peregrinas dejaron de acudir a Tierra Santa y otros lugares de Egipto y Oriente. Hasta bien avanzada la etapa medieval, al menos en los siglos XI-XII, las cristianas piadosas tuvieron que conformarse con satisfacer su curiosidad intelectual y vivir su experiencia religiosa encerradas en los muros de un monasterio, haciendo gala de una vida ascética. Por ello, la peregrinación de Egeria se convirtió en una experiencia singular, y durante mucho tiempo, las mujeres no se arriesgaron a viajar para no ser tildadas de “locas, excéntricas, marimachos o ridículas”⁵⁵.

En cualquier caso, lo que importa es que la peregrina de *Gallaecia*, al recorrer los lugares bíblicos, se comportó como cualquier otro viajero aventurero del pasado y del presente. Es decir, actuó como un perfecto equivalente del “hombre que no es de ninguna parte”, y ha decidido romper coyunturalmente con su comunidad⁵⁶. Al igual que sucedió con Ulises, Egeria es una gran viajera; pero si el héroe homérico anhela el regreso y sueña constantemente con volver al hogar, a ella, aunque añora su patria, le importa aún más el viaje en Tierra Santa que la vuelta a su casa. Ítaca se convierte entonces en la representación de la aventura, en el símbolo absoluto de la búsqueda de la sabiduría y el placer, aunque de índole espiritual en el

53. La ciudad de Roma en esta época también fue objeto de peregrinación, eligiendo sobre todo las catacumbas, la basílica de San Pedro o las tumbas de los mártires (GUYON, 2008, 21).

54. J. Guyon (21-22). Tampoco debe olvidarse que estos nuevos lugares sagrados se implantaron en centros antes destinados a las divinidades *paganas* (SIMON, 100-104).

55. Con tales atributos se configuró el estereotipo de la viajera durante mucho tiempo (MORATO, 2005, 25).

56. El viaje como aventura, tanto en lo que afecta a las condiciones del desplazamiento o la llegada a lugares desconocidos es resaltado por M. Simón (2009, 9).

caso de Egeria. Ciertamente, en la antigüedad, varones sabios viajaban con la pretensión de acceder al conocimiento del mundo (PLÁCIDO, 2009, 70). A su manera, Egeria pareció actuar de idéntico modo e imitar su comportamiento. Como viajera deseaba “llegar a Dios” y desentrañar los enigmas de lo sagrado a través del viaje que le permitía contemplar e informarse sobre los lugares de la vida de Jesús o de los profetas⁵⁷.

En realidad, Egeria se nos presenta ante todo como la aventurera, capaz de asumir comportamientos viriles y de ocupar espacios masculinos ligados a la acción y el movimiento, renunciando a los roles propios de su género tales como la reclusión doméstica o la dedicación a la familia⁵⁸. Parece entonces que la auténtica aventura de Egeria fue desafiar las normas que regulaban la vida de las mujeres de su época cuándo emprendió y concluyó su viaje en Oriente, guiada por el afán de obtener un conocimiento, aunque lo fuera de la divinidad. Por ello, en el fondo, no debe preocuparnos si finalmente volvió o no a su patria, ya que había conseguido satisfacer su curiosidad intelectual y dar rienda suelta a su piedad, las auténticas razones de su viaje. Recorrer Tierra Santa fue para ella su particular viaje a Itaca, a la manera sugerida por el poeta:

Mantén siempre a Ítaca en tu mente.
Llegar allí es tu destino.
Pero no tengas la menor prisa en tu viaje.
Es mejor que dure muchos años
y que viejo al fin arribes a la isla,
rico por todas las ganancias de tu viaje,
sin esperar que Ítaca te va a ofrecer riquezas.

Ítaca te ha dado un viaje hermoso.
Sin ella no te habrías puesto en marcha.
Pero no tiene ya más que ofrecerte⁵⁹.

57. La identificación de Egeria con una viajera y menos con una peregrina es resaltada por P. C. Díaz (2010, 2669). Otros la califican de aventurera existencial (ANDRÉ y BASLEZ, 1993, 89).

58. Sobre Egeria como transgresora de los roles tradicionales de género, véanse, entre otras, M. Rivera (1990, 45 y 50) quien destaca que se mueve en los márgenes y buscando su propia identidad en un espacio no bien definido por los sistemas de género tradicionales. Véanse asimismo, A. Pedregal (2005, 327) y C. Morato (2005, 42).

59. Versos del famoso poema *Ítaca* de C.P. Cavafis (1994, 70-71).

6.—*Bibliografía*

- ANDRÉ, Jean Marie y BASLEZ, Marie-Françoise: *Voyager dans l'Antiquité*. Paris, Librairie Arthème Fayard, 1993.
- ARCE, Agustín: *Itinerario de la Virgen Egeria (381-384)*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1996.
- BERNABÉ, Alberto: "Un extraño viajero: Aristeas de Proconeso". En MORÈRE MOLINERO, Nuria (coord.): *Viajes en el Mediterráneo antiguo*. Madrid, ed. Universitaria Ramón Areces, 2009, pp. 39-47.
- BERNAND, Etienne: "Pèlerins dans l'Égypte grecque et romaine". En MACTOUX, Marie-Madeleine y GENY, Evelyne: *Mélanges Pierre Lévêque*, 1. Paris, Les Belles Lettres, 1988, pp. 49-63.
- BRAVO, Gonzalo: "Prosopographía Theodosiana (II). El presunto 'clan hispano' a la luz del análisis prosopográfico". En TEJA, Ramón y PÉREZ, Cesáreo: *La Hispania de Teodosio. Actas Congreso Internacional*. Salamanca, ed. Universidad Sek, Salamanca, 1997, pp. 21-30.
- "Sobre las élites tardorromanas en Hispania: un balance historiográfico". *Mainake*, 31 (2009), 45-46.
- BRAVO BOSCH, María José: "La importancia de Egeria en el mundo tardorromano". En JAIME DE PABLOS, María Elena: *Identidades femeninas en un mundo plural*. Sevilla, ed. Arcibel, 2009.
- CAVAFIS, Constantino P.: *Poemas*. [Traducción y prólogo de Ramón Irigoyen]. Barcelona, ed. Seix Barral, 1994.
- CHÉLINI, Jean *et al.*: *Les pèlerinages dans le monde à travers le temps et l'espace*. Paris, ed. Picard, 2008.
- COOPER, Kate: "Insinuations of Womanly Influence: an Aspect of the Christianization of the Roman Society". *The Journal of Roman Studies*, 82 (1992), 150-165.
- *The Virgin and the Bride. Idealized womanhood in the Late Antiquity*. Harvard, Harvard University Press, 1996.
- DEVOS, Paul: "La date du voyage d'Égerie". *Analecta Bollandiana*, 85, 1-2 (1967), 165-194.
- DÍAZ, Pablo C.: "El peregrino y sus destinos: los lugares de Cristo". En MARCO SIMÓN, Francisco; PINA POLO, Francisco y REMESAL RODRÍGUEZ, José (eds.): *Viajeros, peregrinos y aventureros en el mundo antiguo*. Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2010, pp. 241-266.
- FÉROTIN, Marius: "Le véritable auteur de la 'Peregrinatio Silviae'. La Vierge espagnole Éthéria". *Revue des Questions Historiques*, 74 (1903), 367-397.
- GUYON, Jean: "Le pèlerinage à Rome et dans l'Occident chrétien pendant l'Antiquité tardive (IVe.-VIIe. Siècle de notre ère)". En CHÉLINI, Jean *et al.*: *Les pèlerinages dans le monde à travers le temps et l'espace*. Paris, ed. Picard, 2008, pp. 21-42.
- HUNT, Edward D.: *Holy Land Pilgrimage in the Later Roman Empire AD. 312-460*. Oxford, Clarendon Press, 2002 (Reimpr. 1982).
- JIMÉNEZ GUIJARRO, Jesús: "Hospedajes para viajeros en el Imperio romano". En MORÈRE MOLINERO, Nuria (coord.): *Viajes en el Mediterráneo antiguo*. Madrid, ed. Universitaria Ramón Areces, 2009, pp. 161-181.
- LANE FOX, Robin: *Héroes viajeros. Los griegos y sus mitos*. Madrid, Crítica, 2008.
- LÓPEZ PEREIRA, José Eduardo: "Egeria, primera escritora y peregrina a Tierra Santa". En GONZÁLEZ PAZ, Carlos Andrés (ed.): *Mujeres y peregrinación en la Galicia medieval. Cuadernos de Estudios Gallegos*. Monografías, 11 (2010), Santiago de Compostela, pp. 39-53.

- *Egeria. Viaxe a Tierra Santa*. Vigo, Ed. Xerais, 1991.
- MARAVALL, Pierre: *Égypte. Journal de Voyage (Itinéraire)*. Paris, Les éditions du Cerf, 1982. (Reed., 2002).
- MARCO SIMÓN, Francisco; PINA POLO, Francisco y REMESAL RODRÍGUEZ, José (eds.): *Viajeros, peregrinos y aventureros en el mundo antiguo*. Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2010.
- MORATÓ, Cristina: *Viajeros, intrépidos y aventureras*. Barcelona, Random House Mondadori, 2005. (2.^a ed.).
- MORÈRE MOLINERO, Nuria (coord.): *Viajes en el Mediterráneo antiguo*. Madrid, ed. Universitaria Ramón Areces, 2009.
- PEDREGAL RODRÍGUEZ, Amparo: “Las mujeres en la sociedad cristiana”. En MORANT (dir.): *Historia de las mujeres en España y América Latina*. I. Madrid, Cátedra, 2005, pp. 307-336.
- PLÁCIDO, Domingo: “Viajes y viajeros en la Grecia clásica”. En MORÈRE MOLINERO, Nuria (coord.): *Viajes en el Mediterráneo antiguo*. Madrid, ed. Universitaria Ramón Areces, 2009, pp. 69-76.
- RAPHAËL, Freddy *et al.*: “Le pèlerinage. Approche sociologique”. En RAPHAËL, Freddy *et al.*: *Les pèlerinages de l'Antiquité biblique et classique à l'Occident Medieval*. Paris, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1973, pp. 11-30.
- RIVERA GARRETAS, María Milagros: *Textos y espacios de mujeres (Europa, siglos IV-XV)*. Barcelona, ed. Icaria, 1990.
- ROUSSEL, Roman: *Les pèlerinages*. Paris, Ed. Presses Universitaires de France, 1956.
- SIMON, Marcel, “Les Pèlerinages dans l'Antiquité chrétienne”. En RAPHAËL, Freddy *et al.*: *Les pèlerinages de l'Antiquité biblique et classique à l'Occident Medieval*. Paris, Librairie Orientaliste Paul Geuthner, 1973, pp. 97-115.
- SIVANT, Hagith: “Holy Land Pilgrimage and Western Audiences: some Reflections on Egeria and her Cicle”. *Classical Quarterly*, 38 (1988a), 528-535.
- “Who was Egeria? Piety and Pilgrimage in the Age of Gratian”. *Harvard Theological Review*, 81.1 (1988b), 59-72.
- TEJA, Ramón: “Mujeres hispanas en Oriente en época de Teodosio”. En TEJA, Ramón y PÉREZ, Cesáreo: *La Hispania de Teodosio. Actas Congreso Internacional*. Salamanca, ed. Universidad Sek, Salamanca, 1997, pp. 175-284.